LAS INFILTRACIONES DEL DOMINGO

P O R

JUAN GARCIA HORTELANO

*«Si alguna de esas noches
que las carga el diablo.»*

JAIME GIL DE BAEDMA

Sale usted de casa y se acuerda, antes de salir, de apretar los grifos del agua y del gas, de desconectar el artilugio de los voltios y de dejarle a la persiana algunas lajas separadas, para ventilación, y se preocupa usted, a conciencia, de que la jaula del canario no quede en corriente de aire y que tenga a pico el canario su alpiste, su hojita de lechuga, su agua, su terrón de azúcar; tampoco se lleva usted el teléfono, porque nadie se lleva el teléfono cuando sale de casa, aunque el teléfono no esté considerado prácticamente mueble, como demuestra que, a estos efectos, usted comprobará que no olvida las llaves, el pañuelo, la documentación, el dinero, los cigarrillos, y, sin embargo, usted no comprobará si lleva o deja el teléfono, igual que deja usted la cama, los sillones y las alfombras y las cacerolas y el botiquín polvoriento del cuarto de baño y todos esos infinitos inventos, más o menos transportables a mano, que rellenan el vacío entre las paredes, y en el mismo orden de costumbres ni usted, ni nadie que usted conozca, se lleva a la criada, a no ser que, estando aún la criada en casa, la criada y usted decidan cargar juntos con la tarde de domingo, a solearse, que puede ocurrir, si bien no suele acabar dichosamente, recuérdelo, tal tipo de historia, empieza ruidosa y latidora y termina como ya le dijeron a usted sus viejas tías, que conservan ideas sociales todavía claras, por lo que nunca se les habría ocurrido llevarse, al salir para la iglesia, el teléfono (a manivela y tubo), ni el canario, ni el bidet, y, al fin y al cabo, ellas fueron acostumbradas a viajar con abundante impedimenta, y eso les disculparía de andar para la novena con canario, brasero, sombrerera y baúl mundo, ítem más con doméstica, sin dejar por ello de ser una excentricidad, imperdonable en usted, que viajó por vez primera hacia los 30 del siglo, llevarse el teléfono y el consiguiente laberinto de avisar a la compañía y explicar, sin rubor, que se cayó, que los niños (de los que ni huellas se perciben en su casa sin

niños) dejaron caer de semejante manera gangsteril el chisme comunicativo, que, sin más daño aparente, quedó limpiamente desgajado de su cable nutricio, ni usted, oiga, ni el tipo de la Compañía, ni la criada aquí presente, se creen tamaño relato, cuanto más si corta usted el mencionado cordón umbilical con tijeras, que eso ya es aborto, provocado y criminal, lo haga usted, lo haga el ginecólogo de sus tías, la criada y hasta el tipo antedicho, por mucha bula técnica que la especialización le conceda, resultando, por tanto, más recomendable, si es que usted se ha empeñado en acarrear el teléfono para dar un simple paseo, que lo cuente así (a circunstancia excepcional, remedio excepcional), o sea, no mentir, que ni podría, fíjese, a la noche misma, antes de la Compañía, antes de la cena, antes de lavarse las manos, nada más entrar con ese bovino entrar de los domingos nocturnos, ya estaría usted oyendo señorito andá señorito qué le ha pasado al cacharro que se ha estampao o qué señorito pues menuda ahora vete a saber lo que nos hacen esperar esos pachorras y ya me dirá señorito mi novio y sus señoras tías y el de la tienda y para la hora y que el despertador ande a la hora y la vecina de enfrente y la misteriosa que siempre dice que se equivoca y lo mismo es pretexto o choteo porque de todo hay y como a veces ligan llaman a la desesperada, así que, escuche, mejor no arranca usted el teléfono y sale usted de casa, con la tranquilidad de que el gas, la electricidad, el agua, ni, respectivamente, intoxicarán, electrocutarán, ahogarán, y se preocupa usted, antes de salir, de su hojita de lechuga, de su alpiste, de su terrón de azúcar, de que la jaula no quede en corriente de aire y regresa usted a la noche y se encuentra usted al canario, fuera de la jaula, que ha descolgado probablemente porque le molestaban los timbrazos, y, diga, ¿qué hace usted?

Por ahora, nada. Por ahora, sale usted, no más que por no quedarse, y en la primera esquina, apenas reconfortado por el aire y el sol, ya ha visto a ese que hace un gesto a aquella que camina por la otra acera, una seña inocua, con la cabeza, intraducible para alguien que, como usted, no les conozca, pero ¿qué sucede?, dos se cruzan y se saludan en mudo, no es casualidad, porque lleva usted algo así como tres calles cruzadas y todo sujeto/a que usted ve hace por lo menos un visaje, en silencio, a otra ciudadana/o y usted parpadea a veinte por segundo y, al tiempo medita, que no todos han de conocerse y que, de conocerse por parejas, podrían hablarse o detenerse o hacerse cortes de manga, en todo caso, a usted no le parece lógico que esta tarde todos los transeúntes gesticulen, comedidos, naturalísimos, incesantes y promiscuos, transformando la tarde en campo de aterrizaje de marcianos, en el apocalipsis sin tramoya, en la atómica

psíquica, en el domingo que le ha caído a usted, que aprovecha la farmacia de turno y se compra un analgésico omnicalmente, salvo para las visiones o, mejor, para la falta de visión, dado que tanta gesticulación le ha impedido percibir hasta abandonar la botica que no circulan vehículos por las vías públicas, quizá porque es festivo, quizá al doblar la esquina, quizá cortaron la circulación por alguna solemnidad oficial, ganas, amigo, de endulzar el fenómeno, de tal forma que usted piensa (como se piensan esas cosas, de prisa y sobre grasa) que usted se ha vuelto loco, pero no hay síntomas, y, sobre todo, no es de noche, todavía no regresó usted a casa, aún no se ha encontrado—y verá la que es buena—al canario descolgando el auricular, porque a la puñetera ave los timbrazos le fastidian, esa es la ventaja, la única, que queda mucha tarde por delante.

Así, usted, como si la pantomima no fuese con usted, llega al parque, se sienta en una silla de hierro, le cobran a usted la ocupación (y deberían pagarle por la tortura), durante un tiempo (si es que el tiempo transcurre, especula usted con elegante ironía) usted no contempla nada extraordinario, en parte, porque está usted de espaldas a la glorieta y sólo contempla, imagínelo, la pradera en declive, los sauces, los gorriones, unas piedras, unas nubes, una estatua, una nube de hollín que cierra el paisaje y, luego, esa paz del domingo, esa fofa bobería del domingo solitario, que a usted (y a cualquiera), poco a poco, sin zanjas, le conduce a estimar la soledad, el dinero que puede usted gastar antes del final de mes, el dinero que no puede usted gastar antes del final de mes, el dinero que le harán gastar a usted quiera o no quiera, su criada, el lenificante descubrimiento de la soledad no superado por ningún progreso técnico, sus calcetines, y vea que hizo bien, aparentemente, en dejarse el canario en casa y en no arrancar el teléfono, dígame si no qué carajo pinta usted aquí con la jaula a sus pies y el aparato en las rodillas, no siendo considerado, en la civilización de la que usted es partícipe, el teléfono como objeto de ornato personal, y, tal como el mundo rueda desde que salió usted de casa, expuesto a que, colgándole los cables, empiecen a sonar timbrazos sobre sus rótulas. Cada cosa en su sitio. Salvo (y no vuelve usted la cabeza) que no hay automóviles y que los peatones, por parejas, se dirigen gestos a distancia. Usted tiene un rapto interior de valor—inconmensurable—, y decide, si encuentra uno, abordar a un guardia oiga usted qué pasa esta tarde.

Al guardia acaba de dirigirle un guiño un ama de cría, que empuja cochecito. El guardia raja el aire con la mano derecha abierta, como una cuchilla. Usted interpreta que el guardia se muestra conforme en desmembrar a la criatura, que supone usted porta en el

cochecito el ama. Al aproximársele usted, el guardia se lleva la mano al adecuado lateral del casco y usted me dirá señor. Usted decide, con independencia de sus derechos civiles, plantear el asunto sin brusquedades. Opina que hay poca circulación de vehículos. El guardia que sí. Rectifica usted su opinión, la matiza y el guardia ratifica que esta tarde no hay ninguna circulación de vehículos. Usted olvida que no debe preguntarse nunca su criterio a un inferior—en la escala social, se entiende—y requiere el dictamen del guardia acerca de las posibles causas de tal afonía. El guardia, que no es sordo sino lerdo, ruega repetición de la pregunta. Repite usted y el guardia, sonriente, no está enterado pero señor si lo desea puedo recibir su denuncia y la transmitiré a la Superioridad en terminando mi servicio en el parque. ¿Qué decisión adopta usted?

Antes de responder, considere que nadie le ha dirigido gesto alguno, que—es una manera de hablar—usted va por las calles como el hombre invisible. ¿Qué decide? ¿Presenta usted la denuncia? Preséntela y usted ya no será dueño de los acontecimientos. Es más, si formula la denuncia, desencadenará usted un torrente de papeles, que pueden ser su tumba.

Usted no presenta la denuncia y sigue paseando, entre gestos, eso sí, horadado por la autorrecriminación, arrebujado en sus llagas, porque usted sabe que no se cambia a su edad, ni se cambia a los veinte años, ni se cambia a los cinco, ni se cambia cuando uno viaja en cochecito locomocionado por ama seca, de tal modo que usted decide, a ver si cambia, beber un tónico espirituoso, ya que usted no resiste más, máxime que desde hace media hora todas las mujeres que circulan por el parque son altas.

¿Cómo preguntará a un guardia por qué todas las mujeres son altas, si no ha osado usted llevar a sus últimas consecuencias una simple inquisición acerca de la ausencia de vehículos? Usted se resigna a su manera de ser y, si no se resigna, se suicida, pero usted no se suicida, porque ni usted, ni el lector, ni yo, carecemos de principios, morales por lo menos, así es que usted coge un taxi (cuando hay dinero, todo se arregla) y, dada la falta de circulación, en un tiempo récord, entra usted en un bar, donde la penumbra le acaricia, la música le muelle y, nada más acomodarse, una guaja arruga la nariz en su honor. Usted finge no haber visto, pero ella atraviesa el necesario trozo de local, se sienta hola guapo y usted se encuentra con dos whiskys a su cargo. ¿Qué hace usted con la desenfundada ramera?

Consciente de que la prostitución es una lacra a la que no ha contribuido jamás, usted se considera con derecho a utilizar (no carnalmente) los servicios de la bigarda, en trance ya de sorber whisky y

masticar almendras, único ser que, si puede decirse así, se ha relacionado con usted en toda esta tarde de domingo y hasta el momento, y cuya estatura es inferior a la suya, lo que le permite comentar que esta tarde todas las mujeres son altas, no monstruosamente, sino la más baja más crecida que cualquier hombre, sin olvidar que todo el mundo gesticula y que no circulan automóviles, a lo que la cortesana responde que, si usted la considera achaparrada, ella se vuelve al taburete, precipitándose usted, con un exceso de cortesía muy propio para el trato de mujeres generalmente tratadas a la baqueta, a dejar claro que ella goza de tamaño tranquilizador lo ves vidita cómo ya sabía yo que tú y yo pocholón nos íbamos a entender que no le des más vueltas sólo son dos mil y no te preocupes por los coches cerquita y no nos harán señas si quieres sigilo absoluto hipersensible neurasténica discreción el botones nos busca un coche con cortinillas y nadie ni alto ni enano se nos guasea presidente. Usted, que ya preveía gastos extraordinarios antes del final de mes, decide aceptar la oferta en el precio señalado, pero, conjuntamente, insiste en que le interesa sólo respuesta a sus preguntas en torno a las características de esta tarde o, caso de imposible respuesta, se le permita intercambiar discurso coherente respecto a tamañas peculiaridades. Ella, apurando whisky, llamando camarero, recogiendo bolso, alisándose falda, pinzándose sobre vestido faja, acepta que por eso no ha de quedar ricacho que una está acostumbrada a todo lo anormal lo medio normal lo casi anormal lo poco normal e incluso unas veces también sufre lo normal que es un suplicio y no olvides dejar una buena propina al camarero este bar es como mi oficina como para ti—para usted— es la oficina pues mira jefazo tenías razón parece que todas las tías han estirado un par de palmos esta tarde que será, siendo, por tanto, dos, al menos, los que os preguntáis la causa de tales metamorfosis, con lo que se establece el consabido calor humano, que acorta las distancias hasta esta habitación convencional, donde ella se desnuda, antes de que usted se haya sentado en un butacón, y ya la tiene, como antes habría podido tener el teléfono (ese que, por ahora, usted ignora que le descolgará el canario), en sus rodillas, y, sinceramente, ¿qué hace usted?

Usted habla. Ella asiente. Sigue usted hablando. Ella bosteza. En un alarde de brillantez metafórica, usted afirma que no le extraña nada de nada, que ahora mismo entra un bombero vestido de buzo y usted se queda impasible. Entra, sin llamar, la rufiana—una rubia de dos metros—y pregunta si alguno de los presentes ha formulado una denuncia, lo cual le regocija a usted esplendorosamente, despertándose la dormida y, una vez informada de que un guardia pregunta

si alguien ha formulado denuncia, opina que mire doña yo que usted no daba información tienes razón zorrilla que le voy a decir que aquí en este prostíbulo no planteamos problemas a las autoridades ni yo ni los señores ni las educandas me has dado una idea raposa que te agradezco y que perdone usted —y usted— de la interrupción pero era asunto oficial, entonces confiesa que su prometido presentó denuncia contra un banquero que se negó a las mil de costumbre creí que me habías dicho quinientas bueno por ser para ti y si nos vamos ya, así que usted, que había calculado dos mil, paga quinientas y doscientas de regalito, lo que retrasa la marcha, arrumacos, es de noche, todo el mundo gesticula, todas las mujeres son altas y continúan vacías las calzadas, por lo que usted tarda una eternidad en llegar a su barrio, a su casa, a su piso, detrás de cuya puerta suena y suena el teléfono, y, cuando usted entra, el canario, que ha abierto la jaula, acaba de descolgar el auricular, probablemente porque resulta insostenible estar oyendo durante toda una tarde de domingo timbrajes telefónicos entre los barrotes de una jaula.

Pero aun así, algo se debe hacer, alguna actitud debe adoptarse. En principio, usted persigue al canario, rompe un cenicero, derriba un cuadro, raya con las uñas la pared y con la pared se quiebra las uñas, se encoleriza, amenaza, el canario se intimida y, atrapado, vuelve a la jaula, acontecimiento simultáneo a la recepción que usted sufre de una especie de jadeo, de entrecortadas procacidades, que una voz masculina emite en la alcoba dormitorio de usted, a la que, animado de ciega furia, catapultado por la exasperación, usted se precipita, en la que irrumpe y donde descubre, frente al espejo del vestidor, a un tipo, vestido con su mejor traje y su mejor camisa, calzado con zapatos de tacón alto, en actitudes lúbricas, que su entrada ha interrumpido, provocando un segundo de indomeñable pánico, una congoja súbita y una vergonzante derrota, manifestada mediante ininteligibles súplicas, durante las cuales y a pesar del bigote postizo usted reconoce a su criada, de rodillas rogándole secreto para su vicio, sus hábitos degenerados, con tal pesadumbre, con tal compunción, que usted, que en cierto modo calculaba aprovecharse del descubrimiento, se aturde, adopta (con una rapidez que sólo la comodidad justifica) una posición reprensiva y admonitoria y ordena a la muchacho se despoje de las prendas que no corresponden ni a su sexo ni a su condición deje todo en su sitio vístase el delantal la cofia y venga al salón convenientemente hablaremos señorito que no puedo remediarlo que a mí misma me prometo no volver a caer y en cuanto tengo la ocasión señorito me depravo y usted —y usted— conoce la flaqueza de los instintos la fortaleza de los instintos la imposibilidad de enderezar los meandros

del río oculto de la existencia y encima (admita usted que la chica lleva su parte de razón) el atractivo de lo prohibido, de tal manera que reconviene usted a su sirvienta, le promete tratamiento facultativo, le pide la cena y sorprende al canario a punto de colarse por la puerta entornada, cúmulo de sucesos que acaban con sus nervios.

Por eso, ahora me dirá, ¿qué hace usted? Por lo pronto, usted mata al canario, despide a la criada, denuncia el extravagante comportamiento de sus conciudadanos, la falta de circulación y el repentino crecimiento de las mujeres. ¿Sí?

No. Usted, que es persona de bien y razonable, usted que ha enfrentado situaciones espinosas, dos guerras, una viudez, usted, que acepta la vida como es, no hace nada semejante. Escribe usted al director del periódico más sensato una carta, en tono ligeramente condo-lido, sobre sus observaciones dominicales; usted pone candado a la puerta de la jaula, porque eso sí, si usted consiente que el canario descuelgue el teléfono, un día puede encontrarse con el canario deman-dándole a usted un jornal; y, antes de conectar el televisor, autoriza a la chica (¡qué caramba!) a que use alguno de los pijamas, que usted pensaba desechas, y la chica ríe, y usted le palmea una nalga a la chica, y la chica ríe más, y usted, que acaba de conectar el televisor y se encuentra con derecho a un poco de paz en esta jornada que parecía sin fin, advierte a la muchacha que nunca defraudará usted a sus tías señorito una servidora jamás ha pensado que usted fuese a casarse con una servidora, así que, empezando a rumiar imágenes, usted aún considera si no será más conveniente el próximo domingo sacar de paseo al canario, al travesti y al teléfono.

JUAN GARCÍA HORTELANO
Gaztambide, 4
MADRID-15